



TREN DE VENGANZA



Xavi Casinos



Barcelona, 1848. Un ex policía –encargado de proteger las obras de la primera línea ferroviaria– destapa una trama relacionada con las colonias americanas y la masonería.

Tren de venganza



Tren de venganza

Xavi Casinos

Rocaeditorial

© 2010, Xavi Casinos

Primera edición: marzo de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaabolsillo.com
www.rocaabolsillo.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-92429-49-3
Depósito legal: B. 47.400-2008

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Capítulo 1

Primer contacto con Boada

—**U**na vez hundí toda mi flota en América para impedir que cayera en manos del cabrón de Simón Bolívar y sus insurrectos. Ese día juré ante Dios que nada ni nadie me haría retroceder nunca jamás.

Tomás Boada aún conservaba a sus ya casi sesenta años la gallardía y arrogancia que se había traído de su vida en Venezuela y Cuba. Hacía ya una década que había determinado regresar a Barcelona y su rostro, rudo y decidido, seguía tostado por el sol de ultramar. Las pronunciadas entradas en el pelo y sus pobladas y largas patillas resaltaban todavía más su bronceado. Era un moreno, aquel del otro lado del Atlántico, que nunca más abandonan quienes lo adquieren. El bronceado americano es muy distinto al mediterráneo. Se torna crónico, de modo que se distingue por él a los que han venido de allí.

El «americano» Boada había dejado el día anterior una carta a mi nombre en la redacción del *Barcelonés*, el diario en el que mi viejo amigo Manuel Saurí me tenía empleado a temporadas desde que salí de la cárcel. «Señor Rubén Cardona: me gustaría poder hablar con usted mañana a las nueve en mi despacho», decía la escueta nota.

Boada tenía su despacho en la plaza Palacio, en la primera planta del edificio señorial que había construido otro «americano», José Xifré, frente al edificio de la Bolsa. El despacho, lujoso, estaba repleto de recuerdos de la estancia de aquel hombre en las colonias. Colgaban de las paredes pistolas, fusiles y varios objetos indígenas, de indios de Venezuela y de esclavos negros llegados de África para trabajar en las plantaciones cubanas. Máscaras, tapices, estatuillas de todos los tamaños, arcos, fle-

chas, lanzas y otros extraños enseres abarrotaban aquel espacio convertido en una especie de santuario del pasado glorioso de aquel hombre. Pero el objeto más importante del despacho de Boada era algo así como un juguete, un modelo de una extraña máquina de metal con ruedas encajadas en un camino de hierro que reposaba sobre una mesa en mitad de la estancia.

—Se llama ferrocarril —me dijo Boada mientras yo contemplaba con interés aquel artefacto—. ¿Sabe qué es el ferrocarril, Cardona?

—Es como una diligencia sin caballos inventada por los ingleses que funciona con vapor y camina sobre un camino de hierro a una velocidad nunca vista. También he oído que usted ha invertido su fortuna en ese invento —respondí intentando aparentar mayores conocimientos de los que en realidad poseía.

—El ferrocarril, Cardona, es el progreso, el futuro en el transporte de viajeros y mercancías. Ya lo es en Inglaterra, e incluso en Cuba, y espero que pronto lo sea en España. ¿Qué más sabe del ferrocarril?

8

—Lo que dicen los periódicos, que usted está construyendo uno —insistí.

—Está usted bien informado. Ésa es la razón por la que le he mandado llamar. Pero por favor, siéntese. ¿Desea un cigarro?

Hasta entonces, la conversación con Boada había transcurrido de pie frente a la maqueta del ferrocarril. Boada se sentó tras su escritorio; yo lo hice enfrente. Era una mesa de madera maciza de roble sobre la que reposaban varias pilas de papeles y una caja de madera lacada, que abrió para ofrecerme uno de los cigarros que él ya fumaba en cuanto entré en el despacho.

—Son de Cuba, de Cabañas, la mejor fábrica de tabaco de La Habana —me explicaba mientras cogía uno—. Los hacen mulatas con una habilidad sorprendente. ¿Sabe cómo enrollan las hojas de tabaco? Hacen girar el cigarro a lo largo del muslo. Erótico, ¿verdad?

Mientras encendía el cigarro y lanzaba las primeras bocanadas de humo, las explicaciones de Boada sobre la fabricación del tabaco habano condujeron mi imaginación hacia fantasías relacionadas con las torcederas. Aquello que sujetaban mis labios se había deslizado alguna vez por el muslo de una exótica cubana. Nunca había estado en Cuba, pero podía imaginar a

aquellas mulatas con poca ropa que volvían locos a los europeos que hacían puerto en La Habana.

—Como usted ha dicho —prosiguió Boada liberándome de repente de mis pensamientos de pecado—, estoy construyendo un ferrocarril, el primero que habrá en España. Unirá Barcelona y Mataró, mi ciudad natal. Es una obra muy importante en la que estoy invirtiendo grandes sumas de dinero, pero no todo el mundo entiende la trascendencia del progreso y las obras son objeto de constantes sabotajes. Por el día ponemos las traviesas de madera para las vías y por la noche las arrancan. Mis ingenieros reciben amenazas y algunos obreros han sido agredidos por desconocidos mientras trabajaban. Quiero que descubra quién está detrás de estos atentados y proteja la línea hasta su inauguración.

—¿Sospecha de alguien? —le pregunté.

—En esta ciudad hay mucha gente a quien le haría feliz mi fracaso. Descubrir al culpable será su trabajo.

—¿Por qué piensa que yo puedo resolverle el problema? —le inquirí.

Antes de responder, Boada abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo un documento. Recostándose en su sillón, consultó el papel y relató:

—Rubén Cardona. Fue policía, y destacó por su valor y dotes de investigador. Entre sus gestas figuran la identificación y detención del asesino de diecisiete ancianas y la recuperación de una joya de gran valor que le fue robada al cónsul francés Fernando de Lesseps. Su brillante expediente no impidió, sin embargo, que fuera expulsado del cuerpo por sus ideas radicales. Participó en la insurrección contra Espartero de septiembre de 1843 y en el intento de asalto a la Ciudadela. Dos años después tomó parte activa en la revuelta de las quintas. Fue detenido y encarcelado en los calabozos de la Ciudadela.

Boada hizo una calculada pausa, levantó unos instantes los ojos del papel y me miró fijamente. Tenía mi historial completo, lo que me dejó casi helado y sin habla. Antes de que pudiera balbucear algo, prosiguió:

—Tras ser liberado intentó volver sin éxito a la policía. Desde hace un tiempo sobrevive como investigador y guardaespaldas por su cuenta. No le va muy bien y tiene dificulta-

des para sobrevivir. —Boada volvió a dejar el documento en el cajón—. Bien, Cardona, por lo visto tiene muchas agallas y poco dinero. Lo primero me vendrá muy bien, y en cuanto a lo otro, estoy dispuesto a pagarle cien reales a la semana hasta la inauguración del ferrocarril.

Intenté disimular mi sorpresa, aunque creo que sin éxito. Cien reales durante unas cuantas semanas, quizá meses, iban a sacarme de sobras de la miseria.

—Es usted muy generoso, señor Boada —no pude por menos que responder.

—No se equivoque, Cardona —interrumpió tajante—, no es generosidad. Esto es una transacción comercial. Le pagaré bien esperando que usted corresponda en consecuencia.

Hizo otra pausa. Se me quedó mirando. Yo aún no podía creerme aquella oferta de trabajo.

—¡Bien!, ¿acepta? —me preguntó al fin.

No podía rehusar. Aquel lunes 27 de marzo de 1848 mi situación creo que era aún peor que la que describía el informe de Boada.

10 —Trato hecho —dije—, pero será necesario que me adelante algo de dinero...

—Aquí tiene los cien reales prometidos, más otros cien de prima.

Boada me alargó un sobre con la suma. Realmente nunca antes había tenido en mi mano tanto dinero de mi propiedad.

—También necesitaré planos de la obra y toda la documentación que me pueda facilitar —añadí.

—Ya lo había pensado —respondió rápidamente, a la vez que ponía sobre el escritorio una cartera de piel repleta de papeles—. Creo que dentro están todos los documentos que necesitará. Si echa en falta algo que pudiera aportarle información no dude en pedírmelo. Le sugiero —añadió— que esta noche vaya a visitar a mi jefe de obra. Está instalado con su equipo en un campamento al lado del río Besós, junto al puente que lo salva. Se llama Julián Partal. Mi criado, Francisco, le guiará. Tendrán que pasar la noche allí porque habrán cerrado las puertas de la muralla. Ya lo he dispuesto todo: Francisco le esperará con dos caballos a las seis en la puerta de Don Carlos. Y no olvide mantenerme al tanto de sus averiguaciones.

Me levanté de la silla en la que había permanecido durante la entrevista. Estreché la mano de Boada y me dispuse a dejar el despacho. Cuando estaba casi en la puerta, me gritó:

—¡Un momento, Cardona, espere un segundo, por favor!

Me giré y le miré de nuevo. Se había levantado y observaba a través de la ventana hacia la calle de Isabel II, adonde daba la fachada del edificio de Xifré. Y sin apartar la vista de la calle, dijo:

—A mí ya no me interesa la política, Cardona, y a estas alturas de mi vida comprenderá que mi objetivo no es hacerme rico con el ferrocarril. La fortuna la traje suficientemente hecha de América y mis hijos, y probablemente hasta tal vez mis nietos, podrán vivir cómodamente hasta que mueran con las rentas que heredarán. En América, Cardona, hice algunas cosas de las que no me siento demasiado orgulloso. Lo único que me mueve en este momento de mi vida es dejar algo que merezca la pena y por lo que pueda ser recordado. —El viejo Boada había abandonado por unos instantes la rudeza arrogante con que me había recibido—. Antes de regresar a España —prosiguió—, en Cuba participé como accionista en la construcción de una línea de ferrocarril. Aquello me dio la idea: cuando volviera construiría uno que uniera Barcelona y Mataró. Éste ha sido mi sueño de los últimos años y quiero que se convierta en realidad. Que se me recuerde como el impulsor del ferrocarril en España y no como el indiano de pasado oscuro. —Entonces dejó de mirar a través de la ventana. Se giró y me pidió casi en tono suplicante—: Ayúdeme, por favor.

—Haré lo que pueda, se lo aseguro —le contesté—. Buenos días, señor Boada.

Al salir del despacho de Boada me crucé con un hombre negro; sin duda su criado. No era difícil deducir que aquel hombre llevaba años con Boada, que se lo había traído de América. En Barcelona se decía que aquel indiano había hecho fortuna con el tráfico de esclavos, aunque se contaba lo mismo de todos los que habían cruzado el océano. Me pregunté si aquel criado había sido uno de los desdichados capturados en las costas de África y trasladados a las plantaciones americanas. Cuando nos cruzamos no me dijo nada, tan sólo hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Al entrar en el despacho de Boada escuché que éste decía:

—Entra, Francisco, entra.

Capítulo 2

Buñuelos ante la Bolsa

12

Abandoné el despacho de Boada como un hombre nuevo. Llevaba doscientos reales en el bolsillo que me abrían expectativas que hacía escasamente una hora no podía ni imaginar. Mi situación económica había ido empeorando desde hacía algunos meses. Incluso había tenido que abandonar la habitación que ocupaba en una casa de huéspedes de la calle del Carmen. Mis únicos ingresos eran los escasos reales que mi viejo amigo Manuel Saurí me podía pagar por escribir algunas gacetillas en el *Barcelonés*. Incluso me dejaba dormir en la redacción del periódico desde hacía dos meses. Hoy parecía que mi vida iniciaba por fin un vuelco.

En los bajos del edificio de Xifré, casi junto al café Set Portes, estaba la Buñuelería del Tío Nelo. Decidí estrenar mi particular fortuna y darme un capricho, de modo que no me lo pensé dos veces y me senté en una de las mesitas situadas bajo los porches. Le pedí al camarero una horchata de chufa y cuatro buñuelos, de los que fui dando buena cuenta. No había comido nada desde el día anterior al mediodía, gracias como siempre a la generosidad de Saurí. Los buñuelos, en consecuencia, me supieron a gloria.

Ante mí se erigía el edificio de la Lonja, en cuyo interior a esa hora tenía lugar una intensa actividad bursátil. Precisamente en la mesita junto a la mía se tomaba un chocolate con bizcochos un agente de bolsa que consultaba apuntes de una libreta. No quise desperdiciar la oportunidad y me dirigí a él.

—Disculpe, caballero.

El desconocido levantó la vista de la libreta para prestarme atención aunque sin disimular un cierto fastidio por la interrupción.

—Trabaja usted en la Bolsa, ¿verdad? —le pregunté.

—En efecto.

—Verá —empecé—, hace días que leo en los periódicos lo del ferrocarril y me gustaría saber si será un buen negocio comprar acciones.

El agente me miró con aire escéptico. Mi aspecto, aunque no delataba la pobreza en que me encontraba, tampoco era el de alguien que va comprando acciones. No obstante, optó por ser amable.

—No se trata de una inversión que aconseje a mis clientes.

—¿Ah no? —exclamé con fingida sorpresa.

—Muy poca gente confía en el futuro del ferrocarril, salvo ese «americano». ¿Cómo se llama...?

—Boada —le apunté.

—Eso, Boada. La gente —siguió el hombre— no confía en los predicadores del progreso. Personalmente creo que es una moda que han traído los ingleses, y a la gente de Barcelona no le gustan los ingleses. Hágame caso, no se embarque en esa aventura. Si quiere invertir hágalo en las fábricas del textil. Eso sí es progreso.

—Claro —dije como poniendo en valor su consejo—. Dicen que el invento ese de la máquina de vapor ha revolucionado los telares.

—Así es. Compre por ejemplo acciones de La España Industrial.

—¿Y no cree usted que la máquina de vapor revolucione también el transporte?

El agente quizá no esperaba ese razonamiento y por unos instantes no supo qué responder. Finalmente dijo un escueto:

—No lo creo.

En ese momento dio por acabada la conversación y se concentró de nuevo en su chocolate, sus bizcochos y su libreta.

Yo también. Pagué un real por la horchata y los buñuelos. Cruce la calle de Isabel II, rodeando la Bolsa me dirigí a la plaza de San Sebastián y por la calle de la Fustería llegué a la calle Ancha, en cuya esquina con Regomir se encontraba la redacción del *Barcelonés*.

Capítulo 3

Una habitación en la calle de Flassaders

14

La imprenta de Manuel Saurí era una de las más importantes de Barcelona. Empleaba a cuatro trabajadores fijos, a veces más si los encargos se acumulaban. Además del periódico, allí se confeccionaba un largo repertorio de documentos. Lo que más me atraía de aquel local era el fuerte e intenso olor a tinta. Por alguna razón química, la inhalación de aquellos vapores produce en mí una especie de hiperactividad que sólo había experimentado antes con la pólvora. Es algo así como una borrachera, pero mientras el alcohol acaba tarde o temprano por dormirme, la pólvora y también la tinta producen el efecto contrario: te mantienen los cinco sentidos en alerta. Al menos en mí.

Los artículos que publicaba de vez en cuando en el *Barcelonés* los escribía en la imprenta. Los textos, gracias al efecto de los vapores de la tinta, casi salían solos de la pluma. Cuando había terminado, componía yo mismo las cajas con las letras y espacios de plomo. Saurí me había enseñado y me encantaba. Era muy divertido.

Cuando hace dos meses Saurí me ofreció la imprenta como refugio por las noches, casi salto de alegría. El problema fue que el olor de la tinta, por ese efecto excitante, no me dejaba dormir. Pasaron dos semanas hasta que el cansancio acumulado por las escasas horas de sueño que lograba conciliar me ayudó a acostumbrarme.

Nada más entrar aquella mañana en la imprenta le conté a Saurí las buenas noticias tras la entrevista con Boada.

—Ahora podré buscar un alojamiento y dejar de abusar de tu hospitalidad —le dije agradecido.

—Siento no haberte podido ofrecer algo mejor. Siempre que lo necesites podrás dormir aquí.

Asentí agradecido. Saurí era uno de los mejores amigos que conservaba de las épocas revolucionarias. Mientras volvía a su trabajo en la imprenta, yo cogí un ejemplar del *Diario de Barcelona* para consultar los anuncios de hospedaje que se solían publicar. Pronto encontré lo que buscaba:

Una señora viuda que vive en la calle de Flassaders número 31, cuarto piso, desearía alquilar una habitación a caballero a precio convencional.

Leído el anuncio, me dirigí al lugar. La calle Flassaders se encuentra muy cerca de la calle de Montcada. Aunque las casas no tienen el aspecto palaciego de las de esta última, el número 31 era un edificio de cuatro plantas, habitado probablemente por obreros y artesanos.

Doña Mercedes era la dueña del piso de Flassaders. Vivía en el cuarto. El portal era pequeño y la escalera estrecha. En la parte interior tenía una barandilla de hierro con muchas de las piezas cortadas, algo habitual en aquella parte de Barcelona. Decían que las habían cortado los defensores de 1714 de la ciudad para fabricar balas cuando la situación por la falta de municiones era ya desesperada.

Cuando llegué al cuarto llamé a la puerta. Me abrió una mujer mayor.

—Buenos días, vengo por el anuncio de la habitación.

La mujer se me quedó mirando unos instantes intentando adivinar si era seguro dejarme entrar en su casa. Debí pasar el examen, porque transcurridos unos segundos me permitió pasar. Era un piso pequeño. Junto a la entrada había un pequeño saloncito con una mesa de madera y cuatro sillas; adosado a una pared, un mueble con piezas de una vajilla sencilla; dos retratos que supuse de familiares y un sillón de madera junto a la puerta de un pequeño balcón completaban la estancia. Al salón daban tres puertas, dos cerradas que debían de ser dos habitaciones y otra abierta que dejaba a la vista una minúscula cocina. La mujer me hizo sentar en una de las sillas.

—Son cuatro reales al día por la habitación. No incluye comida. —La señora fue directamente al grano.

—¿Puedo verla?

Se levantó y abrió la puerta que tenía justo detrás, a la izquierda de la entrada. La seguí y eché un vistazo a la habitación. Tal como intuía, era pequeña, como el resto del piso. Tenía una cama, un arcón, una mesa estrecha que podría usar como escritorio y una ventana desde la que se veía la torre de la Ciudadela. Estaba lejos de ser un lujo, pero tampoco lo buscaba.

—Me la quedo —dije finalmente.

La dueña del piso no dijo nada, me indicó el salón, cerró la puerta de la habitación y me hizo el gesto de que volviera a sentarme.

—Mire, parece una buena persona, pero comprenderá que quisiera saber un poco de usted antes de alquilarle la habitación. Vivo sola desde que hace cinco años murió mi marido. Necesito el dinero, pero también la tranquilidad de que mi huésped sea una persona honrada —dijo.

16 —La comprendo perfectamente, señora. Me llamo Rubén Cardona y fui policía. Ahora trabajo para el ferrocarril y también ayudo en la imprenta de Manuel Saurí —me limité a explicarle.

—¿Eso del ferrocarril es algo malo?

—No, es el progreso —contesté.

—Mi marido trabajaba para un relojero de la calle Unión. Por la noche leía en ese sillón y me hablaba del progreso. Yo no sé muy bien qué es, pero mi marido decía que era bueno. Puede usted quedarse. Cobro por adelantado.

Le pagué dos semanas, tras lo que me dio un juego de llaves.

—La llave grande es del portal, pero hace años que la cerradura está estropeada —me explicó doña Mercedes.

—Gracias. Más tarde traeré mis cosas. Por cierto, esta noche la pasaré fuera de la ciudad.

—¿Cosas del progreso?

—Así es —le contesté sonriendo, y me fui.

Capítulo 4

Escaramuza con los saboteadores

A la hora convenida llegué a la Puerta de Don Carlos para reunirme con Francisco. Era el portal de la muralla situado más al noreste, entre la Ciudadela y el pequeño fortín junto a la playa. Para llegar era necesario cruzar la explanada comprendida entre la muralla de mar, la Barceloneta y la Ciudadela. En esa explanada se estaba construyendo precisamente la estación del ferrocarril, junto a la plaza de toros, y era por la Puerta de Don Carlos que la vía iniciaba su recorrido hasta Mataró.

Encontré a Francisco esperándome en la parte interior de la Puerta. Ya había empezado a oscurecer y hacía frío, aunque menos del que cabía esperar por la época del año que era. Ya había trasladado las escasas pertenencias que guardaba en la imprenta de Saurí a la habitación que había alquilado a doña Mercedes. Me había puesto un tabardo, debajo del cual y colgado de un cinto escondía dos pistolas cargadas. Boada me había hablado de saboteadores y era necesario ser precavido. Nunca se sabe qué encuentros puede uno tener en estos casos.

—Buenas noches —saludé al criado de Boada, que se limitó a asentir con la cabeza y a tenderme las riendas de uno de los caballos.

No era la primera vez que veía a una persona de color, pero Francisco de veras impresionaba. No era muy alto pero sí muy fuerte, y a juzgar por las canas que asomaban entre su cabello rizado y negro le calculaba una edad similar a la de Boada. Su piel era realmente oscura y me preguntaba si era libre o esclavo. Aunque no tenía ninguna duda de que, de no serlo ya, sí lo había sido alguna vez, esperaba que su condición fuera de libre, pues yo detestaba la esclavitud. En teoría había sido abo-

lida en España hacía treinta años, pero lejos de acabarse, el tráfico de esclavos había aumentado considerablemente en los últimos tiempos en las colonias americanas.

Subimos a los caballos y cruzamos la puerta de la muralla para tomar el camino del cementerio, que transcurría junto a la vía ya construida. El centinela que hacía guardia en ese puesto de la muralla no perdió detalle de nuestra partida, sin duda el suceso más excitante que había presenciado en aquel lugar desde hacía horas.

Aunque no era el primer hombre negro que se cruzaba en mi vida, sí estaba seguro de que era el primero a quien había dirigido la palabra, y estaba decidido a que fuera Francisco el primer negro en hablarme a mí. Así que insistí y le pregunté:

—¿Es largo el camino hasta el campamento?

—Poco más de una hora si no nos detenemos —contestó Francisco.

Noté que su acento tenía en parte la cadencia de la gente que venía de Cuba y América. Su forma de hablar me recordó la de Guzmán, un cubano con el que compartí celda en la Ciudadela; no obstante el acento de Francisco era distinto, menos melodioso y más seco, y pensé que quizás era porque realmente procedía de África. Tenía ganas de preguntárselo, pero me contuve, a la espera de que nos conociéramos mejor y mejorara su parquedad en palabras.

Habían transcurrido unos cuarenta minutos desde que partimos de Barcelona y ya habíamos pasado hacía rato el cementerio de Poblenuu. Nos habíamos detenido en dos ocasiones para inspeccionar detenidamente dos tramos de la vía. Proseguíamos la marcha cuando Francisco me alertó sobre unas sombras que se movían unos cuantos metros ante nosotros.

Pese a la oscuridad, pudimos ver un pequeño grupo de tres o cuatro personas manipulando la vía. El hecho de que trabajaran sin luz me hizo descartar enseguida que fueran obreros de Boada y, por tanto, debían de ser saboteadores.

Jaleamos a los caballos y nos dirigimos hacia ellos.

—¡Alto! ¡¿Qué están haciendo?! —grité.

El grupo reaccionó rápidamente iniciando la huida cada uno en una dirección distinta. Escogí a uno de ellos y lo perseguí con el caballo; vi que Francisco hacía lo propio con otro. Mi

presa se metió entre unos árboles y me vi obligado a desmontar para seguir con la persecución. Lo tenía sólo a unos metros, a punto de alcanzarlo, cuando inesperadamente se revolvió hacia mí empuñando un cuchillo de considerables dimensiones. Casi no tuve tiempo a reaccionar y apenas pude esquivar el golpe de navaja que me dirigió. Vi el filo de la hoja, de más de un palmo de longitud, pasar frente a mis ojos: el tipo sabía usar aquella arma. Caí de espaldas al suelo, intentando desesperadamente sacar la pistola mientras mi agresor se abalanzaba sobre mí. Pensé que estaba perdido cuando una tercera sombra apareció providencialmente en escena. Era Francisco, que lanzó un puñetazo que impactó en la cabeza del saboteador, lo que impidió que cayera sobre mí con su navaja.

Cualquiera habría perdido el sentido con semejante golpe, pero la mole aquella se levantó y empezó a correr. Yo conseguí por fin sacar la pistola, la amartillé, apunté al tipo —o mejor dicho a la sombra que huía— y disparé. No le alcancé. Francisco y yo intentamos seguirle de nuevo, pero lo perdimos.

Me dejé caer sentado al suelo. El corazón parecía que iba a salirse del pecho y la cabeza también me palpitaba aceleradamente. Francisco se acercó.

—¿Está bien, señor Cardona?

—Sí —balbuceé aún casi sin aliento. Le debía la vida a aquel hombre—. Gracias —le dije mirándole a los ojos.

Me tendió una mano para ayudarme a levantarme. Su tacto me dio una más que clara idea del tremendo golpe que se debió de llevar mi atacante. Nos dirigíamos de nuevo a nuestros caballos para proseguir hasta el campamento cuando un ruido de cascos al galope nos alertó de nuevo. Se acercaban dos jinetes.

—Es el ingeniero Partal —advirtió Francisco en cuanto estuvieron más cerca.

—Francisco, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Partal con tono de alarma mientras bajaba de su caballo.

—Sorprendimos a unos saboteadores. Intentamos capturar a alguno pero no tuvimos éxito —explicó el criado de Boada.

—Usted debe de ser Cardona, el detective —me dijo el ingeniero mientras me tendía la mano.

—En efecto.

—Boada me envió esta mañana una nota anunciando su

visita. Lamento que no haya sido en circunstancias menos agitadas.

—No se preocupe. ¿Han causado mucho daño?

Partal se dirigió a la vía para comprobar el alcance del sabotaje.

—Por suerte no han tenido mucho tiempo. Sólo han arrancado dos raíles y unas pocas traviesas; nada irremediable. Por desgracia, ya estamos acostumbrados.

Partal nos acompañó hasta el campamento. Eran dos barracones de madera y tres tiendas de campaña dispuestas junto al río Besós y a un centenar de metros de la playa. Uno de los barracones servía de dirección técnica de la obra y tenía una litera con tres camas. En el otro barracón había la cocina y el comedor para los obreros, así como una docena más de literas para los trabajadores que pasaban la noche en el campamento. En las tiendas de campaña se guardaba material y se refugiaban los centinelas nocturnos.

20

Nos instalamos en el barracón de Partal, que hizo que nos sirvieran algo de cena. Sopa, una lubina asada y vino gentileza de la compañía, que se abastecía regularmente de unos pescadores y de una masía cercana al campamento. Aprovechamos la cena para que Partal me pusiera al día.

—Casi cada semana somos víctimas de un intento de sabotaje —nos explicó el ingeniero.

—¿Y qué medidas de seguridad ha dispuesto?

—Tenemos hombres patrullando constantemente, pero los saboteadores siempre encuentran el momento para actuar. Hasta ahora los destrozos no han sido importantes. Se limitan a desmontar algún tramo de vía ya construido; a veces atacan directamente a los trabajadores y huyen.

—¿Nunca han conseguido capturar a alguno? —pregunté.

—No. Son rápidos y escurridizos.

—Ya veo. Esta mañana pregunté a Boada si sospechaba de alguien. Su respuesta fue vaga. ¿Recela usted de alguien?

—Personalmente, de las líneas de diligencias y carruajes. Hace unos meses Boada y yo fuimos increpados en plena calle por el dueño de una de las líneas. Nos amenazó y dijo que se encargaría personalmente de impedir que nos saliéramos con la nuestra —explicó Partal.

—¿Cree que está detrás de los sabotajes, que está cumpliendo su amenaza?

—No lo puedo probar, pero si el ferrocarril es un éxito será uno de los principales perjudicados.

—¿Sabe su nombre?

—Manuel Nogués, propietario de varias líneas de la costa. Pero debo advertirle de que el ferrocarril tiene otros enemigos, como los propietarios de los terrenos que han sido perjudicados por el paso de la vía. Algunos vendieron de buena gana, pero otros muchos han expresado repetidamente su desacuerdo con las condiciones de la expropiación.

Mientras Partal y yo hablábamos, Francisco permanecía comiendo en silencio sentado con nosotros a la mesa. Una vez hubo acabado de cenar, me llamó la atención que extrajera un anillo del dedo mayor de la mano derecha y se empleara en limpiarlo a fondo. El anillo no era ni de oro ni de plata, tan sólo de un metal sin valor, aunque tenía un sello de ciertas dimensiones. Francisco estaba eliminando unas manchas de sangre seca que sin duda pertenecían al saboteador al que golpeó.

—Francisco, ¿puedo ver ese anillo? —le rogué.

21

Su primera intención fue esconderlo, pero finalmente me lo entregó aunque sin quitarle el ojo de encima mientras yo lo manipulaba.

—Golpeaste con él al tipo que me iba a apuñalar, ¿no?

—Sí.

—¿Pudiste ver dónde le golpeaste?

—Estaba bastante oscuro, pero creo que le di cerca del pómulos izquierdo —aclaró Francisco.

—En ese caso, nuestro hombre debe de llevar bien visible la señal del golpe, e incluso puede que le haya quedado marcado en plena cara el sello que tiene grabado el anillo.

Tomé un trozo de papel, lo situé sobre el sello y lo rayé con un lápiz, de modo que quedó expuesto claramente el dibujo. Devolví el anillo a Francisco, que pareció aliviado al recuperarlo, y me guardé el papel. Sin duda, el anillo tenía un significado importante para él. Ignoraba cuál, pero no me importaba demasiado. Lo único que me interesaba era el dibujo.

—Si encontramos a ese hombre podremos saber quién está detrás de todo esto —sentenció.

Capítulo 5

La deuda de Boada

22 **A** la mañana siguiente Francisco y yo iniciamos temprano el regreso a Barcelona. Entramos en la ciudad por el Portal de Don Carlos, el mismo por el que habíamos salido la noche anterior. Antes que nada iba a visitar a Boada para darle cuenta de nuestro encuentro con los saboteadores.

Al llegar a la puerta de la oficina, Francisco cogió las riendas de mi caballo para llevarlo junto con el suyo a la cuadra. Yo subí las escaleras que desde la calle conducían al despacho. Boada me esperaba con su sempiterno cigarro habano humeando en la boca. Estaba de pie, de espaldas a la puerta de entrada y mirando a la calle a través del ventanal.

—Buenos días, Cardona —dijo sin dirigirme la mirada—. Tengo entendido que tuvo algún problema anoche.

—Así es señor: Francisco y yo dimos con un grupo de saboteadores. Por cierto, creo que le debo la vida a su...

Fue entonces cuando Boada interrumpió de golpe su contemplación de la calle Isabel II y se volvió súbitamente hacia mí. Su cara era de enojo y rabia, al borde de la violencia.

—¿Iba usted quizá a decir esclavo, Cardona?

—Pues...

Mi titubeo pareció enfurecerlo aún más.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Salga de aquí!

Reconozco que el golpe de genio de Boada me amedrentó en un primer momento. Su tono casi militar dejaba claro que a lo largo de su vida no sólo había tenido que mandar a gente en episodios difíciles, sino que además debió de imponer su autoridad. Pero pronto reaccioné. En aquella situación era también necesario que impusiera mi carácter si quería mantener su respeto.

—¡Cállese, viejo amargado! —le dije elevando el tono de mi voz. Boada no lo esperaba y se quedó un segundo inmóvil. Antes de que pudiera reaccionar, proseguí—. Debiera usted saber que entre las ideas que me llevaron a la cárcel estaba la abolición de la esclavitud. Me extraña que no figure en ese informe tan detallado que guarda sobre mí en el cajón de su escritorio.

Boada optó por mirarme fijamente.

—Sepa —continué— que no iba a decir esclavo, sino negro, y que me he detenido ante lo que me ha parecido un modo despectivo de dirigirme a un hombre que hace sólo unas horas me ha salvado la vida. En cualquier caso no soy yo quien debe lavar su conciencia con el esclavismo. ¿O es que ignora que toda Barcelona habla de cuál es el origen de su fortuna?

Boada se dirigió a su escritorio y se sentó un tanto abatido en el sillón.

—Le pido disculpas, Cardona. —El «americano» parecía sincero. Cogió dos vasos y los llenó de coñac—. Siéntese, haga el favor. Le voy a explicar algo.

Me senté y tomé el vaso que me tendió Boada.

—Francisco no es esclavo, pero lo fue. Lo compré en el puerto de Maracaibo hace ya más de treinta años. Lo habían traído de África siendo muy joven y había pasado sus primeros años de esclavitud en una plantación en Cuba. Al morir su propietario, la viuda vendió la mayor parte de los esclavos para pagar deudas. Acabó en Maracaibo y ahí lo compré. Tenía más o menos mi edad; lo destiné a mi servicio directo. Me acompañaba a casi todas partes, incluso lo llevé conmigo en las campañas contra los insurrectos de Miranda y Bolívar.

El viejo interrumpió su relato para beber casi de un trago su coñac y reencender su habano después de mojar el extremo del cigarro por el que se aspira el humo en el licor, una costumbre —me explicó— habitual entre los fumadores cubanos, aunque allí lo hacían con ron.

—A mí también me salvó la vida en cierta ocasión —prosiguió—. Fue durante la guerra en Venezuela. Perseguíamos a unos rebeldes y caímos en una emboscada. Me hirieron en un hombro. Estaba tendido en el suelo y pude ver a uno de los atacantes apuntándome a unos metros con una pistola. Escuché la

detonación del disparo, pero no me alcanzó. No tuvo tiempo: antes lo hizo Francisco.

Escuchaba a Boada en silencio y con respeto. No podía esconder la emoción al evocar aquellos recuerdos y siguió narrando su historia.

—Tras acabar con aquel tipo, Francisco logró arrastrarme hacia la maleza, me cargó a hombros e inició la huida. No recuerdo qué pasó, pues perdí el conocimiento. Me desperté en una cueva, junto a un fuego. Francisco me había curado la herida; por suerte la bala no se había quedado dentro del hombro. Al cabo de unos días viajando al anochecer logramos alcanzar nuestras filas. Desde entonces jamás volví a tratarle como mi esclavo y en gratitud le concedí la libertad. Podía haberse ido, pero se quedó conmigo. Y ya no nos hemos separado.

—Ahora soy yo quien le pide disculpas, señor Boada, y sepa que me alegra que Francisco dejara de ser esclavo. Pero no puedo entender que lo fuera algún día, que fuera vendido y comprado como si fuera un animal.

24

—Mire, Cardona —dijo Boada—, voy a responder a su insinuación de antes. Sí, en efecto, en mis primeros años en América trafiqué con esclavos; era una manera rápida y segura de ganar dinero. Y le diré algo: la vida en América es muy dura. Cuesta salir adelante, crear progreso. Sin esclavos, la economía de las colonias no existiría. Es simple, no habría mano de obra. Y aunque hubiera suficiente población de origen europeo dispuesta a trabajar los campos, no resistirían mucho tiempo, enfermarían enseguida. Por eso es necesario llevar negros de África, habituados ya a las dificultades de los climas extremos. —El viejo indiano tuvo que apercibirse del escepticismo que dominaba mi rostro. Quizá por ello añadió—: La esclavitud es una de esas cosas de las que le dije ayer que no me sentía orgulloso, y mucho menos después de tantos años de amistad con Francisco.

Estaba claro que en el interior de aquel hombre yacía una contradicción tremenda. Se decía liberal, pero defendía la vulneración de la libertad.

—Mire, Cardona —concluyó—, ahora a usted y a mí, además de nuestra relación profesional, nos une el deberle la vida a Francisco.

Capítulo 6

Rastreando en las tabernas de la Barceloneta

*D*ejé a Boada con sus recuerdos y, con toda seguridad, remordimientos. El «americano» rudo y maleducado llevaba consigo desde hacía treinta años una pesada carga en torno a la figura de Francisco que le costaba reconocer y le contradecía consigo mismo. Cuando fue a América no dudó en traficar con esclavos, incluso adquirió uno para su uso personal. Éste le acabó salvando la vida, motivo de un sello eterno de gratitud.

Quizá fuera una búsqueda interior de reparación de daño lo que motivaba a su vez ciertas actitudes altruistas de Boada, como esta aventura del ferrocarril. Dilapida parte de su fortuna en un proyecto de progreso para su tierra natal; a cambio, recibe la incompreensión y el boicot de una parte importante de los supuestos beneficiarios.

En fin, una vez hube abandonado el despacho de Boada me dirigí hacia la Puerta de Mar de la muralla para encaminarme después a la Barceloneta y visitar algunas de las pudas instaladas junto al muelle. Sabía de mi época de policía que en esas tabernas malolientes del barrio de pescadores solían rondar maleantes y gentes de mal vivir. Era también el lugar donde uno podía contratar a alguien dispuesto a hacer cualquier trabajo sucio a cambio de unas monedas.

Entre ellos había bastantes marineros sin barco que intentaban sobrevivir como fuera a la espera de que un patrón los contratara para algún nuevo viaje. La mayoría de las pudas estaban en la calle Nacional y en algunas de las travesías que se adentraban en el barrio camino de la playa, como San Carlos, Concordia, San Fernando o San Juan.

Entré en primer lugar en la puda El Negro. La puerta, estrecha, daba acceso a un local de techo bajo en forma de bóveda. Una sola ventana dejaba entrar la poca luz del día, lo que acentuaba la negrura de los muros ahumados por efecto de los candiles y el tabaco. Si algo caracteriza a las pudas es la suciedad y el olor desagradable. Por eso en Barcelona llaman así a estas tabernas, porque una puda, en catalán, es un manantial maloliente de aguas sulfurosas. Además, en El Negro estaban asando arenques en ese preciso instante.

Me quedé en un rincón, donde había un taburete sin dueño cerca de la única ventana. Desde la barra el tabernero me preguntó qué quería, a lo que contesté que un vaso de vino y un arenque; mi objetivo era integrarme mejor en el ambiente reinante y llamar menos la atención. Permanecí en la puda por algo más de una hora. Nadie entró con un golpe en la cara mientras estuve allí, de modo que me dirigí hacia otra taberna.

26

A unos cuantos metros de El Negro se encontraba El Indio. Esta puda reproducía el esquema de la anterior; la diferencia era que aquí no asaban arenques y el local era algo más amplio. En el fondo se había hecho espacio para un pequeño escenario, donde me aguardaba una agradable sorpresa.

Allí, interpretando canciones con su inseparable guitarra estaba un viejo amigo, el músico Anselmo Clavé, con el que compartí asalto y cautiverio en la Ciudadela. Dejé que me viera y me dirigió un gesto para que esperara a que terminase su actuación, consistente en un repertorio de dudoso buen gusto sobre las cualidades femeninas que era por supuesto muy bien recibido por la clientela del establecimiento.

Esperé a Anselmo en otro taburete vacío en otro rincón tomando otro vaso de vino tan malo como el de El Negro. Cuando hubo terminado se dirigió hacia mí. Nos abrazamos efusivamente, pues hacía al menos un año que no nos veíamos.

—No esperaba encontrarte en un sitio como éste —le dije.

—Ni yo a ti, la verdad. Pero en mi caso ya sabes que componiendo música no se gana uno la vida, y menos con nuestros antecedentes revolucionarios. Uno debe recurrir a ingresos alternativos. Tocando de taberna en taberna, de café en café y de merendero en merendero al menos te aseguras unas monedas y una cierta manutención alimenticia. Bien, yo ya te he expli-

cado mis motivos, pero a ti, ¿qué se te ha perdido en un antro como éste?

—Trabajo —contesté—. Trabajo para el ferrocarril. Me han contratado para investigar los sabotajes en las obras.

—Hace unos meses encontré a Saurí en una reunión y me contó que te intentabas ganar la vida haciendo de detective...

—Tan sólo intento aprovechar mi experiencia como policía. ¿Así que viste a Saurí? Pues no me comentó nada —dije extrañado.

—No se debió acordar. También me dijo que escribías en su periódico.

—Tan sólo gacetillas. No sé qué habría sido de mí sin Saurí, la verdad.

—Así que proteges las obras del ferrocarril bebiendo vino en las tabernas de la Barceloneta. ¿Ya sabe ese «americano» de Boada tus métodos de investigación? —me cortó Anselmo en tono jocoso.

No tuve más remedio que reírle la gracia porque realmente sonaba extraño, de modo que decidí contarle mi reciente aventura nocturna.

—Anoche, mientras inspeccionaba las obras de la vía, sorprendí a dos saboteadores. Tuvimos un forcejeo, pero lograron huir. El criado negro de Boada, que me acompañaba, le propinó un puñetazo en la cara a uno de ellos y debió de dejarle una buena marca porque llevaba un anillo de esos con sello en uno de sus dedos. Espero tener suerte y encontrar por aquí a alguien con una herida semejante.

—Entiendo...

Anselmo se quedó unos instantes pensativo antes de añadir:

—Oye, quizá sólo sea una coincidencia, pero anoche estaba tocando aquí cerca, en la taberna La Bomba...

—¿La de la plaza de San Miguel?

—Sí, en efecto. Entraron dos tipos, uno de ellos parecía haber tenido una pelea y llevaba un gran hematoma en la parte izquierda de la cara. Estuvieron hablando un rato con otro hombre y se fueron los tres.

—¿Pudiste ver bien al del hematoma? ¿Era un tipo fuerte? —pregunté.

—Sí, muy robusto. El otro era un poco más enclenque.

—¿Y el tercer hombre?

—No pude verle bien porque estaba de espaldas al escenario. Eso sí, no tenía el aspecto de paria de los otros dos. Era corpulento y se cubría con una capa negra y un sombrero de ala ancha.

—¿Los habías visto anteriormente?

—Honestamente, Rubén, todos estos tipos que merodean por las pudas de la Barceloneta tienen la misma pinta y no suele haber ninguno que me despierte un especial interés. El otro día el más grande llamó mi atención porque no hacía más que quejarse del daño que le hacía la cara. La verdad es que el golpe era de los que deben de doler un buen rato, al menos una semana.

—Puedo dar fe de que así es. Por casualidad no tocarás esta noche en La Bomba...

—Pues sí, tocaré.

—Si no te importa —sugerí a Anselmo— me dejaré caer por allí, y si alguno de esos tipos aparece agradecería que me lo indicaras.

28

Anselmo titubeó unos instantes. Finalmente asintió:

—De acuerdo, pero con la condición de que ésa será mi única relación con este lío que te llevas entre manos. Si ése es el tipo que buscas, no parece muy simpático. De hecho, apostaría a que es bastante peligroso, de navaja fácil, ya me entiendes. Lo que pase a partir de ese momento será cosa tuya.

—Claro, Anselmo, claro —le aseguré.

Capítulo 7

Entre putas y pendencieros

*L*a Bomba se llamaba así por la carcasa de proyectil que lucía sobre la puerta de entrada, una de las bombas que Espartero ordenó lanzar desde los cañones de Montjuïc el 3 de diciembre de 1842 para sofocar la sublevación contra su política como regente. Aquel día me hallaba de servicio y me tocó socorrer a los enfermos del Hospital de la Santa Cruz, donde impactaron cinco proyectiles. Fueron horas de fuego de artillería sin cuartel que no respetó nada ni a nadie. Un niño, casi un bebé, murió en mis brazos mientras le evacuaba de una sala alcanzada por una de las bombas. No recuerdo cuánto rato estuve sentado en un rincón de lo que quedaba de aquella parte del hospital sosteniendo el cadáver del niño, hasta que un compañero me lo cogió.

29

Aquella masacre cambió mi vida, radicalizó mis ideas políticas. La tragedia que Barcelona vivió aquel negro 3 de diciembre, día de san Francisco Javier, me empujó a participar activamente en la insurrección del año siguiente, lo que me acabó llevando a la cárcel y expulsado del cuerpo de policía. No pasa un día sin que el recuerdo de aquel niño brote en mi mente.

El proyectil de La Bomba cayó en la vivienda del dueño de la taberna, situada en el piso superior. Milagrosamente no explotó. Su carcasa es la que ahora luce en la entrada, después de que el propietario la hiciera incrustar en el muro para no olvidar nunca aquella trágica jornada.

A la hora convenida con Anselmo me presenté en La Bomba. Él ya cantaba con su guitarra. Me aseguré de que me había visto y me acomodé en un rincón. El instalarme siempre en una esquina es otra de las herencias de mi pasado policial: te

permite vislumbrar toda la sala a la vez que tienes la espalda cubierta. Llevaba camufladas entre mis ropas dos pistolas cargadas y una navaja de ciertas dimensiones; nunca se sabía en estos ambientes. Pedí una jarra de vino y empecé a consumirla lentamente junto a tres cigarros que había comprado a una mujer que los vendía en la entrada de la taberna. Por supuesto no eran los habanos de Boada, sino un producto totalmente artesano que solían fabricar en sus casas marineros de la Barceloneta. Sabían a demonios, pero formaban parte del *atrezzo* para integrarse en el ambiente fétido de La Bomba.

30

Era aún temprano, y por eso entre la parroquia del local reinaba una calma relativa. Pero pronto el aguardiente de mala calidad empezaría a transformar el ambiente y los pendencieros acabarían provocando alguna pelea. En esos casos cabían dos posibilidades: si la trifulca se llevaba a la calle, el tabernero la ignoraba. No era cosa suya. Si se complicaba en el interior del local, el dueño empuñaba un trabuco que escondía debajo de la barra, mientras sus empleados echaban mano de unos garrotes previstos para tales ocasiones que llamaban graciosamente «calmantes». Normalmente estas razones eran más que convincentes y la pelea terminaba o se trasladaba a la calle. En caso contrario, alguien acababa con la crisma rota.

Entre el público de las putas también abundaban las prostitutas que buscaban clientes. Te empezaban pidiendo entre dos y tres reales por pasar un rato en un camastro de un habitáculo cercano, pero regateando podías acabar dándote un alivio por unos pocos céntimos en un portal o en el pequeño patio trasero de la taberna si habías consumido lo suficiente para que el propietario accediera.

—Eres guapo —me dijo una de esas mujeres que se acercó a mi mesa.

—¿De veras?

—Sí, pero hace tiempo que la belleza de los hombres dejó de interesarme. Aunque puedo ofrecerte el agujero de mi cuerpo que más te apetezca, salvo los de las orejas, que los quiero mantener vírgenes.

—No sé si eres ingeniosa o cínica, o las dos cosas a la vez —le dije.

—Oye, cielo, mi tarifa no incluye aguantar discursos.

No tenía ninguna intención de irme con ella, pero de pronto pensé que si se quedaba conmigo completaría muy bien mi integración en el ambiente. De modo que le propuse:

—Ahora mismo no tengo ganas de sexo, pero puedo invitarte a vino y quizá dentro de un rato me convences para ir ahí detrás.

—¿Eres policía? —me interrogó mientras estudiaba la oferta.

—No.

—De acuerdo. De todas formas hoy no es mi día.

Se sentó y le llené un vaso con vino de mi jarra. Al ver que fumaba también me pidió uno de esos cigarros de tabaco reseco.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté con el fin de iniciar una conversación que diera la sensación de normalidad.

—Me llaman la Yegua.

La miré fijamente, como interrogándola con los ojos para saber el origen del mote, aunque me hacía una pequeña idea. La Yegua me entendió perfectamente, por lo que inició una breve explicación.

—Me llaman así porque durante algunos años tuve un cliente fijo que venía diciendo que buscaba una yegua para cabalgarla. Tenía gustos raros, de modo que muchas lo evitaban. Yo era de las nuevas y no sabía de su reputación. Le gusté y desde entonces sólo me buscaba a mí. Sus manías las compensaba pagando muy bien. Era uno de esos ricos de la calle Montcada o por ahí. Por desgracia una sífilis se lo llevó al otro barrio hace unos años.

—Curioso, pero me refería a tu nombre de verdad.

—Mis padres me llamaban Isabel, pero de eso hace tanto tiempo que a veces ni me acuerdo. Ahora me llamo como quieren mis clientes, mi chulo, cuando lo he tenido, o la *madame* del prostíbulo de turno, depende de la época.

—Isabel es un nombre muy bonito —le dije.

Fue entonces cuando me pareció percibir un asomo de emoción en su rostro, y una especie de estremecimiento se apoderó durante un segundo de su cuerpo.

—Hacía mucho tiempo que nadie me decía algo tan bonito —dijo. Y añadió—: Pero no esperes una rebaja si al final vamos ahí atrás.

En aquel momento, Anselmo, que seguía con su repertorio, terminó la canción con un brusco y sostenido raspado de su guitarra, lo cual llamó mi atención. Dirigí la vista al escenario y un guiño hizo que girara mi cabeza hacia la entrada. Apoyado junto a la puerta apareció un tipo fornido con un golpe en la cara que coincidía con el que estaba buscando.

—Isabel, ¿quieres ganarte seis reales?

—No me digas que tú también tienes manías raras. ¿Es que atraigo a los degenerados o qué?

—No es nada de eso, mujer —la tranquilicé—. ¿Ves a ese tipo grandote junto a la puerta? Míralo disimuladamente.

Así lo hizo.

—Sí, ¿y qué?

—Necesito hablar a solas con él un rato ¿Podrías llevártelo a un sitio discreto?

—Oye, tío, no quiero problemas, yo me gano la vida por aquí.

—Tú llévalo y cuando yo aparezca te echaré un poco a las malas. ¿Será suficiente teatro?

—Está bien. Dame el dinero.

32

—Toma. Y si cumples te daré otros dos reales. Seguramente es más de lo que ganas en dos o tres días.

La prostituta cogió el dinero.

—Un poco más abajo, en dirección a la playa, hay un callejón solitario. Lo llevaré ahí. Pero date prisa, este tío es un poco violento —dijo.

—¿Lo conoces?

—De oídas. Ronda por aquí desde hace un par de semanas pero ya se ha hecho una fama. Llegó en un barco italiano, creo. Es uno de esos buscavidas. Por cierto, si me ahuyentas en el callejón, ¿cómo me pagarás los otros dos reales?

—Te doy mi palabra.

—Hace tiempo que dejé de creer en la palabra de los hombres...

—Pues esta vez tendrás que fiarte de la mía. Mira, pásate mañana a las once por la imprenta de Manuel Saurí, en la calle Regomir. Yo estaré ahí, y si no, los habré dejado a tu nombre... —y añadí con toda la intención—, Isabel.

De nuevo la pronunciación de su nombre provocó aquel leve efecto en la mujer.

—Espero no arrepentirme —respondió, y se levantó de la mesa.

Disimuladamente con la mirada seguí desde mi rincón el trayecto de Isabel hasta el tipo. No fue directa, sino que se fue entreteniendo en algunas mesas y clientes con la clara intención de hacerse notar. No había duda de que era toda una profesional, sabía hacer su trabajo. Al cabo de unos instantes se plantó frente a su objetivo. Se le acercó y le dijo algo al oído que no pude escuchar.

Al poco los dos salieron del local. Dejé unas monedas sobre la mesa y me dispuse a seguirlos tras lanzar una mirada de complicidad a Anselmo. Por supuesto no tenía la certeza de que Isabel cumpliera lo pactado. Me la podía jugar, claro, y alertar al tipo, pero en este oficio a veces te tienes que arriesgar. Además, estaba demasiado cerca del saboteador como para perder la segunda oportunidad de atraparlo y hacerle hablar. Para ello contaba ayudarme con mis pistolas y el cuchillo, de dimensiones aptas para resultar convincente.

Desde la puerta de la taberna pude ver a mi derecha cómo Isabel y su acompañante doblaban la primera esquina. Aguardé unos segundos y seguí su misma dirección. Al llegar a la esquina me paré y encendí mi último cigarro, momento que aproveché para observarlos. No tardaron en introducirse en el callejón que me había indicado Isabel. De momento todo iba según lo planeado.

Me fui acercando al callejón despacio. Antes de introducirme escuché unos leves gemidos, señal de que Isabel estaba haciendo su trabajo. Tomé una de las pistolas, la amartillé y me aseguré de tener el cuchillo a mano, además de una porra de madera que completaba mi armamento personal, otro recuerdo de mi época de policía. Respiré profundamente, en un intento de controlar mi excitación, y penetré en el callejón. Ahí estaba el tipo de pie y apoyado en el muro, e Isabel agachada frente a él.

—¡Quieto ahí! —dije en voz alta mientras le apuntaba con la pistola—. Tú, puta, lárgate a mamársela a otro.

Isabel obedeció sin pestañear y salió corriendo del callejón.

—Y tú tranquilo, mantén las manos en alto... y los pantalones donde los tienes ahora mismo. Ahí están muy bien.

—Bajados hasta los tobillos le impedían moverse, viejos trucos policiales—. Vamos a charlar un rato. ¿Dónde estabas ayer a estas horas?

El tipo permaneció en silencio sin dejar de mirarme desafiante.

—Deja que te lo recuerde —proseguí—, estabas desmontando vías del ferrocarril. ¡Ah sí!, también intentaste matarme. ¿Para quién trabajas?

—Ni lo sé ni me importa. Un amigo me propuso el trabajo a cambio de unas monedas. Necesito dinero y lo demás no es asunto mío —contestó impertinente.

—Y ese compadre que reparte trabajo, ¿quién es?

—Aquí se acaba la información, amigo —dijo.

Sin dejar de apuntarle empuñé la porra y le golpeé fuerte con el extremo en el estómago. Cayó doblado de rodillas resollando de dolor.

—Ni tengo prisa, ni razones por las que no deba volarte la cabeza, de modo que yo de ti hablaría antes de que se me agote la paciencia. Si te he encontrado a ti también puedo encontrar a tu compinche. Así de fácil. Desembucha —añadí, a la vez que le arreaba de nuevo en la espalda.

—¡Vete al infierno! —gritó entonces el tipo, que había aprovechado su posición para hacerse con un cuchillo que llevaba escondido en una bota y abalanzarse con rabia sobre mí.

Reconozco que no esperaba aquella súbita reacción, pero tenía los cinco sentidos alerta, de modo que pude esquivar su envite. Fui a dispararle, pero tuve tiempo de pensar que no me convenía llamar la atención de los habituales del lugar, así que opté por lanzarle la porra a la cara, que logró parar con su antebrazo, y cogí mi chuchillo, de cuyo manejo admito tener una cierta habilidad. Se lanzó furioso sobre mí, pero con un giro rápido de cintura lo esquivé y le clavé la hoja con un golpe certero. Titubeó unos segundos y cayó desplomado. Aparté su cuchillo de una patada y me acerqué. Aún estaba vivo.

—¿Para quién trabajas? —insistí.

—Hijo de puta... —fue lo último que acertó a decirme de forma entrecortada antes de morir.

Capítulo 8

Revisando las pertenencias del saboteador

Llegué a mi habitación de la calle Flassaders con el corazón todavía fuera de sitio. No había sido mi primera pelea de cuchillos ni tampoco la primera vez que mi contrincante se llevaba la peor parte, pero eso es algo a lo que al menos yo jamás podré acostumbrarme. Antes de abandonar a toda prisa el callejón, registré al tipo. Las escasas pertenencias que decidí cogerle estaban ahora sobre la mesita que había en mi cuarto. Una hoja doblada de papel, una pipa, una bolsa con tabaco, una pequeña navaja, unas pocas monedas y un cartón impreso de pequeñas dimensiones.

35

Desdoblé el papel grande: era el mapa para llegar a la zona de obras del ferrocarril y marcaba el punto en el que sorprendimos Francisco y yo a los saboteadores. El pequeño cartón tenía escrito: Hogar del Marino y el número 34.

Sé muy bien qué es el Hogar del Marino gracias a mi pasado; se trata de una especie de comedor y dormitorio benéfico para los marineros sin recursos. Ahí les garantizan un camastro y dos comidas al día, si se puede llamar comida a un mejunje que dicen que es sopa y que en realidad es agua hervida con algunas sobras cuya procedencia es mejor no conocer. El cartón es una especie de comprobante de que el portador ha sido acogido en el centro, con el número del camastro que le ha sido asignado escrito en él.

El resto de objetos carecían de importancia, de modo que me acosté para intentar dormir, lo que no sería fácil. En primer lugar por la excitación como consecuencia de la pelea, y también, debo confesarlo, echaba de menos mi querido olor a tinta de la imprenta de Saurí.

En la hora larga que supongo tardé en conciliar algo de sueño pasé revista a los últimos acontecimientos, intentando ordenar la información recabada y extraer alguna conclusión. También pensé en lo que haría al día siguiente. Por supuesto visitaría a Boada para explicarle el suceso. En segundo lugar debería echar un vistazo al Hogar del Marino por si podía averiguar con quién se relacionaba el saboteador. Había muchas posibilidades de que hubiera sido reclutado para los ataques al ferrocarril por otros maleantes habituales del centro. ¡Ah!, y pasaría por la imprenta de Saurí a dejar el dinero prometido a Isabel, aunque no estaba seguro de que fuera.

La cuestión era ahora cómo visitar el Hogar del Marino sin levantar sospechas. Quizá me haría pasar por marinero en busca de barco. Aunque bien pensado, nadie se creería que soy marinero.

Capítulo 9

El anillo masónico

—¡**R**ubén! ¡Eh, Rubén!

Era Anselmo quien así me gritaba. Acababa de salir de mi casa en Flassaders para dirigirme a la oficina de Boada y apenas llevaba andados unos metros.

—¡Anselmo! ¿Me estabas esperando? —le dije sorprendido.

—Sí, Saurí me ha dicho dónde te podía encontrar. No sabía que habías dejado la imprenta para alojarte aquí.

—Hace tan sólo unos días.

—Menuda se organizó anoche —prosiguió casi atragantándose Anselmo—. Una hora después de que te fueras entró un tipo en la taberna gritando que había un muerto en el callejón. Se lo encontró cuando fue allí con una prostituta. Todos fueron a verlo y yo también. La verdad, pensaba que podías ser tú, pero no, era el matón del golpe en la cara. ¿Te lo cargaste tú?

—¿No podrías decirlo un poco más alto? Puede que haya quien aún no se ha enterado —le dije sin disimular mi enojo por su falta de discreción.

—Perdona, es que estoy algo nervioso. ¿Fuiste tú? —insistió.

—¿Y qué si fui yo? ¿Acaso era un pariente?

—No digas tonterías, Rubén. Mira, vete con cuidado, muchos de esos tipos de las tabernas son verdaderamente peligrosos y no se andan con chiquitas.

—Yo tampoco, y menos aún cuando defiendiendo mi propia vida —contesté.

—Vale, vale, pero insisto en que vayas con cuidado. Puede que alguien relacione tu presencia anoche en la taberna con el

muerto. No eres precisamente un habitual del lugar. Por cierto, pude ver el golpe que dijiste que tenía el tipo en la cara con el sello de un anillo marcado.

—Sí, así lo pude reconocer —asentí.

—¿Sabes qué es el dibujo? —Miré a Anselmo con cara de ignorancia—. Es el signo de los masones.

—¡¿Cómo?! —exclamé.

—Sí, el compás y la escuadra entrelazados y en medio una letra G, es el símbolo de la masonería.

Saqué de mi bolsillo el dibujo que obtuve del anillo de Francisco la noche del ataque. Era en efecto tal como decía Anselmo.



38

—Eso es una sociedad secreta —dije—. Cuando estaba en la policía detuvimos a un grupo de ellos acusados de conspirar contra la Reina. Eran unos tíos un poco raros.

—Hay buena gente entre ellos, muchos progresistas como tú y yo.

—¿Y dices que este dibujo es su símbolo? ¿Por qué Francisco tiene un anillo masónico?

—Está claro, o porque es masón o porque se lo ha dado alguno de ellos, aunque me inclino por lo primero. Dijiste que el criado es negro... Parece ser que algunos esclavos liberados se hicieron masones en América.

—¿Hay también masones en América? —pregunté incrédulo.

—Los hay por todo el mundo. Es una sociedad fraternal universal.

—Vaya, vaya.

—Bien Rubén; lo dicho: ten cuidado y procura no aparecer durante un tiempo por la Barceloneta.

—Descuida Anselmo. Por cierto, ¿cómo sabes tanto de los masones?

—He leído cosas.

Y se fue Flassaders arriba.